

Ildefonso Cerdà y la geografía catalana

por RAMÓN GRAU Y FERNÁNDEZ

Palabras clave:

Cerdà, Ildefonso; geografía catalana; geografía urbana; historia de la geografía; positivismo.

El objetivo de este artículo es, simplemente, otorgar un lugar en la historia de la geografía al ingeniero del siglo XIX Ildefonso Cerdà. Al proponerlo como clásico para nuestra disciplina no hacemos sino dejar constancia escrita de una idea básica en nuestra actividad docente durante el decenio que acaba e intentar subsanar una importante omisión en las reconstrucciones recientes de la historia de la geografía en Cataluña. Una breve incursión en el pensamiento de Cerdà, situado en su contexto histórico propio y en relación con el desarrollo moderno de la geografía humana, permitirá apuntar algunos de los límites de los esquemas vigentes en la interpretación de la geografía catalana y contemplar esta tradición intelectual con un espíritu más abierto.

Ildefonso Cerdà en su contexto histórico

Al hilo de tres centenarios —el de la aprobación del plan para el ensanche y la reforma interior de Barcelona, celebrado en 1959, el de la publicación de la *Teoría general de la urbanización*, en 1967, y el del fallecimiento del autor de ambos trabajos, en 1976—, la figura de Ildefonso Cerdà ha ido despertando un gran interés en nuestro país y fuera de él; una curiosidad verdaderamente inusitada tratándose de un científico social español del siglo XIX. Ese interés, que se tradujo en forma de conferencias, exposiciones y actos públicos de diversa índole, ha dejado como estela perdurable una serie de investigaciones documentales y de exégesis del pensamiento urbanístico de Cerdà, una reedición de su obra principal —cuyos fragmentos más brillantes han sido luego traducidos a otros idiomas— y, al menos, dos ambiciosas monografías (Estapé, 1971; Soria, 1979) que han establecido las líneas fundamentales de la biobibliografía cerdaniana.

Sin entrar en una crónica detallada de esa tarea de años ni trazar un balance completo de los resultados obtenidos hasta el momento, lo cual escapa a nuestras posibilidades en este artículo, subrayaremos la persistente dificultad en pronunciar juicios ajustados sobre Cerdà y su obra; dificultad derivada, a nuestro entender, de una cierta ineficacia de los esfuerzos desplegados para situar al personaje en su contexto histórico preciso.

El recuerdo de Cerdà, que, pese a que se ha insistido tanto en el olvido de que fue víctima, estaba asegurado por la permanencia de su proyecto de 1859

como marco para la expansión barcelonesa y también por la influencia de sus formulaciones en la colectividad de los ingenieros españoles, ha sufrido más por la pérdida de contacto de sus intérpretes con el mundo de ideas y de problemas en el que se movió nuestro autor que por desconocimiento simple de sus méritos; de tal manera que en esa deformación han tenido su parte los apologetas lo mismo que los detractores más encarnizados.

En efecto, ante la insoslayable notoriedad de la contribución cerdaniana al diseño de la ciudad, los urbanistas catalanes y españoles han oscilado, de acuerdo con el vaivén de las ideologías y con las necesidades de su propia actividad profesional, entre la crítica malintencionada y la alabanza desmedida. Pues bien: mientras la primera actitud atribuía la pretendida banalidad de la idea urbana de Cerdà a su calidad de hombre sin raíces, ajeno a la vida orgánica de la sociedad en la que actuaba (Puig i Cadafalch, 1927), la segunda ha hecho de él un mago, autor de anticipaciones literalmente incomprensibles (Bohigas [1963] se hace eco todavía, por ejemplo, de la ingenua sorpresa del automovilista del siglo xx ante los chaflanes del Ensanche). En ambos casos, como desarraigado o como profeta, Cerdà aparece como un personaje excéntrico, desligado de su propio ambiente. La ausencia de elaboraciones españolas que expliquen la posibilidad histórica de Cerdà en la España del siglo xix se traduce, luego, en la evidente incomodidad que caracteriza a los primeros intentos de insertarlo en la historia internacional de las ciencias sociales (Choay, 1970).

Al buscar una explicación razonable para el fenómeno Cerdà, los eruditos modernos, conscientes de la magnitud europea del personaje, han rechazado la mezquindad del debate local barcelonés, encadenado a la materialidad del Ensanche, y, sin que ello se siguiera lógicamente, han tendido a minimizar el papel de Barcelona en su trayectoria intelectual: «Es necesario que Cerdà deje de ser de una vez por todas un pequeño personaje de la historia local de Barcelona» (Arturo Soria en *El Ciervo*, 1976, n.º 179, p. 17). Como alternativa a esa interpretación «barcelonesa», considerada intrínsecamente reductora, ha ido emergiendo en los últimos lustros una visión que, partiendo de la otra esfera de influencia de Cerdà, subraya su formación en la madrileña Escuela de ingenieros de caminos como pieza clave para entender sus opciones profesionales y políticas, su originalidad y el tono cosmopolita de su pensamiento (Estapé, 1971, pp. 39-62).

A nuestro juicio, el énfasis en la formación madrileña de Cerdà en detrimento de su temprana, larga y profunda relación con Barcelona es una falsa alternativa que deja sin cumplir, en gran parte, el objetivo perseguido, esto es: insertar históricamente al urbanista catalán. Preciso es recordar algunos hechos que ya hemos consignado en otros escritos: que Barcelona, por su importante desarrollo manufacturero, se sitúa, ya en pleno siglo xviii, a la cabeza de las luchas por la modernización de la sociedad española (Grau y López, 1974); que la ciudad vive a partir de la introducción de la manufactura las tensiones y los problemas típicos de las ciudades industriales modernas (Arranz y Grau, 1970; Grau, 1970 y 1973); que a raíz de la crisis del modelo de sociedad preindustrial la capital catalana ha conocido el despliegue en su seno de una alternativa al sistema urbano medieval (López y Grau, 1971) a través de una serie de etapas bien caracterizadas: absolutismo puro, reformismo ilustrado, liberalismo (Grau, 1979 a); que en relación con el afloramiento de esa alternativa ha surgido una tradición de analistas del fenómeno urbano moderno que culmina, después de 1835, en figuras como Monlau, Pi i Arimón, Madoz y Figuerola, introductores del método estadístico (Grau y López, 1979 d y e); que paralelamente se ha ido produciendo la

asimilación de los grandes movimientos de la cultura internacional que han contribuido a la configuración del programa de las ciencias sociales: ilustración, romanticismo y positivismo (Grau y López, 1979 b, c y f); y que, habiendo hallado en la industrial Barcelona mejor acogida que en el resto de España, esos movimientos han suscitado en ella respuestas tan ambiciosas como las de Capmany y Balmes (Grau y López, 1979 a), que han hecho de la propia ciudad un argumento en pro del progreso.

A la vista de todos estos precedentes —que comprenden el amplio abanico que va de las concretísimas medidas municipales sobre la alineación de calles al vasto programa sociológico-histórico de Jaime Balmes—, Cerdà se nos aparece con un significado bien diferente al que ha tenido para la mayoría de los urbanistas que de él se han ocupado; esto es «como un último fruto de la etapa ascendente de la revolución industrial catalana que finaliza hacia 1860, mucho más que como precedente de actitudes maduradas en el siglo xx» (Grau, 1979 b, p. 587).

La vida de Cerdà está profundamente insertada en la Barcelona de su tiempo, una ciudad a la que retorna siempre, que es motor de su pensamiento y destinataria primordial de sus programas (Grau, 1974).

Nacido en 1815 en el seno de una familia filoliberal del campo catalán, Ildefonso Cerdà llega a Barcelona en 1832 para estudiar matemáticas y arquitectura y va a permanecer en ella hasta septiembre de 1835, coincidiendo su estancia con un momento histórico de particular dramatismo para la ciudad por la confluencia del resurgimiento industrial y la mecanización con la gran epidemia de cólera y con el derrumbe del antiguo régimen y el estallido de la revolución. La identificación personal con la lucha de quienes quieren resolver las contradicciones existentes mediante la liquidación del régimen absolutista —opción claramente expresada en un documento de agosto de 1835 publicado en la revista *2C. Construcción de la ciudad*, 1976, n.º 6-7, p. 11— inaugura un compromiso que Cerdà va a mantener, sin fluctuaciones, hasta el final de sus días. La inmediata marcha a Madrid, en septiembre, le evita la vivencia directa de la degradación del movimiento liberal barcelonés durante los años siguientes, y este alejamiento es, probablemente, la clave para entender su posterior fidelidad al espíritu progresista de 1835 en contraste con la involución de otros intelectuales catalanes de su tiempo.

Después de los años de estudio en la Escuela de ingenieros de caminos, canales y puertos de Madrid (1836-1841) y tras ocho años de ejercicio profesional como ingeniero destinado sucesivamente a diversas provincias del levante español (1841-1849), en los cuales destacan su primer contacto con el ferrocarril en Nimes (1844) y su intervención en la construcción de carreteras en torno a Barcelona (Carrera Pujal, 1961, IV, pp. 270-277), Cerdà renuncia a su cargo de funcionario itinerante en 1849 para instalarse en Barcelona y poder concentrar sus esfuerzos en el estudio de la problemática urbana moderna, «un nuevo mundo para la ciencia» (Cerdà, 1867, I, p. 9) en el que no podía entrar a través de cualquier otra ciudad española. En su caso, la atracción de la industrial Barcelona prevalece sobre la tentación que arrastra a Madrid a hombres tan próximos a él como son Balmes, Figuerola y Monlau.

A partir de 1849, Ildefonso Cerdà combina una dedicación perseverante a la recolección de datos y a la resolución de problemas de índole científica con un compromiso político amplio y decidido. Como miembro del partido progresista, será diputado a Cortes por la ciudad de Barcelona en 1850 y ocupará cargos en la misma capital catalana en diversos momentos hasta poco antes de fallecer en 1876.

Destaca su actuación en los dos períodos de participación de su grupo en el gobierno del Estado —1854-1856 y 1868-1874—, una actuación más abierta que la del conjunto de su partido en temas tales como el movimiento obrero (iniciativa personal destacada, como miembro del Ayuntamiento y de la milicia nacional, en las negociaciones para resolver la huelga general de 1855) y la cuestión catalana (parlamento en las Cortes de 1851 y opción federalista durante la República como vicepresidente y después presidente de la Diputación Provincial de Barcelona). Al mismo tiempo, irá produciendo las distintas piezas que componen su magno proyecto urbanístico para Barcelona, desde el plano topográfico de la zona que va a ocupar la nueva ciudad (1855) y los análisis detallados de la urbe barcelonesa —con la muy innovadora *Monografía estadística de la clase obrera de Barcelona en 1856*— hasta las diversas versiones de su plan de ensanche y reforma (1855-1859) y la larga serie de escritos complementarios: la memoria del proyecto aprobado en 1859, el plan económico (Cerdà, 1860), la justificación de la novedad formal de los chaflanes (Cerdà, 1863 a), el proyecto para la coordinación de las líneas férreas con el puerto (Cerdà, 1863 b) y algunos otros proyectos, conocidos sólo vagamente, como un plan para la urbanización de la montaña de Montjuïc, de 1873 (Estapé, 1971, p. 253).

Aparte otros trabajos, relacionados conceptualmente con los anteriores pero no referidos a la urbe barcelonesa, como son el plan para la reforma interior de Madrid —inmediatamente posterior al de ensanche de Barcelona— y la labor cartográfica emprendida desde la Diputación y orientada, según parece, a una reordenación del territorio provincial desde una perspectiva federalista, la gran obra de Cerdà es la famosa *Teoría general de la urbanización* (1867), que recopila y refunde parte de los escritos e investigaciones relativos al proyecto barcelonés. A la vez que coronación de una trayectoria científica individual, esa magna obra es la síntesis perfecta de un siglo de esfuerzos de los intelectuales catalanes para aportar a la cultura europea un enfoque propio en el campo de las ciencias sociales. De ese profundo enraizamiento en la realidad histórica de la Barcelona industrial, una Barcelona que ha recibido el influjo de la ilustración y del romanticismo y que está viviendo el albor de un nuevo racionalismo, derivan el denso trasfondo positivista de la empresa cerdaniana y su notoria originalidad a escala internacional.

La ciencia de la urbanización como geografía humana

Los dos gruesos volúmenes de la *Teoría general de la urbanización* comprenden tan sólo la primera de las cuatro partes que había de desarrollar: 1.^a, dedicada al análisis del hecho urbano en su esencia originaria y en su desarrollo histórico, como método para «hacer comprender y tocar, si así cabe decirlo, la causa primordial de ese malestar profundo que aflige a las sociedades modernas encerradas en las grandes ciudades»; 2.^a, consagrada a exponer «el sistema o teoría que debería aplicarse con provecho para extirpar el mal, teoría que consiste en la exposición de los principios generales cuya aplicación habría de conducirnos a una urbanización perfecta»; 3.^a, encargada de «reducir la rigidez de los principios teóricos a una conveniente elasticidad que los hiciese practicables, útiles y provechosos por medio de reglas prácticas», y 4.^a, consistente en la aplicación de todo ello al caso de Barcelona (Cerdà, 1867, I, pp. 16-17).

Un cierto malentendido acerca del significado de la palabra «teoría» en

Cerdà ha conducido a la idea de que la parte esencial de su obra nos es desconocida y ha impulsado a los eruditos modernos a una búsqueda que, si bien ha dado frutos apreciables (véase el catálogo de las obras y proyectos de Cerdà elaborado por Soria, 1979, pp. 206-223), no ha satisfecho la gran esperanza de hallar las partes inéditas de la *Teoría general de la urbanización*. Dado que aquí el término «teoría» reviste ante todo el sentido etimológico de ejemplar o ideal visible, sólo de manera mediata el de conjunto de normas de valor absoluto que presiden la proposición del modelo urbanístico y mucho menos el de cuerpo de leyes científicas —aunque Cerdà, como buen positivista, entendiera que las leyes científicas son normas de actuación—, podemos afirmar que la pérdida no ha sido tan grande.

En efecto, los arquitectos y urbanistas que han intentado desentrañar el modelo subyacente al plan de ensanche barcelonés han avanzado, sin duda, un buen trecho en el análisis de la «teoría» cerdaniana (véanse sobre todo los trabajos de Salvador Tarragó y su equipo en *Ildefonso Cerdà (1815-1876). Catálogo de la exposición conmemorativa del centenario de su muerte*, Barcelona, 1976, y en la revista *2C. Construcción de la ciudad*, n.º 6-7, enero 1977). Por otro lado, el escrito en defensa de los chaflanes (Cerdà, 1863 a), que son, junto con la manzana de casas aisladas, la gran innovación de la utopía cerdaniana, es una muestra más que significativa de la minuciosidad y del carácter de las justificaciones que debían constituir el texto de la segunda parte de la obra. En cuanto a la tercera, el también citado plan económico (Cerdà, 1860) es, seguramente, el centro de la propuesta para llevar la utopía al terreno de la realidad.

Por muy valioso que sea en sí mismo el modelo urbano propuesto en la segunda parte, por muy adecuadas que sean las medidas de orden práctico para no entrar en conflicto con los intereses de la propiedad, por muy profunda y original que sea la diferencia establecida entre utopía y plan urbanístico, a nuestros ojos todo ello cobra su verdadera dimensión científica a la luz de la primera parte de la obra, que lleva el título, rico en resonancias positivistas, de «La urbanización considerada como un hecho». El segundo de sus volúmenes comprende la exposición en forma estadística, escasamente comentada, de los resultados de la investigación sobre Barcelona, divididos en *contenido*, o población, *continente*, o espacio urbanizado, y *funcionamiento*, es decir «la manera cómo el contenido se sirve del continente». El primer volumen es la generalización de ese mismo esquema tripartito como método analítico de los conjuntos urbanos, completada por un *indicador urbano*, o catálogo y etimología de los nombres y signos usados para designar el conjunto y los diversos elementos de la urbe.

Este núcleo de análisis de la realidad urbana va precedido por una sección titulada «Desarrollo de la urbanización» y seguido de una «Razón histórico-filosófica de la manera de ser de la urbanización actual». La primera es una historia del hecho urbano deducida, en gran parte, de los principios generales de la necesidad de albergue y del instinto social del hombre; la segunda vuelve a recorrer el mismo proceso, atendiendo ahora al desarrollo de las técnicas de locomoción, para descubrir que a cada fase tecnológica corresponde una organización determinada de los asentamientos humanos y que toda revolución en las técnicas ha de enfrentarse con una estructura espacial periclitada y promover reformas que permitan la marcha regular del progreso humano. Esta duplicidad de tratamiento histórico, que halla su correspondencia en una duplicidad de prólogos a la obra —«Al lector» y «Proemio»—, traduce una dualidad esencial en la interpretación del hecho urbano —casa/vía, reposo/movimiento, espacio privado/espacio públi-

co, estabilidad/cambio— equivalente a la dualidad entre desarrollo del individuo y desarrollo de la sociedad trazada dentro del concepto de civilización por Guizot (1828), conecta con dos visiones contrapuestas del proceso histórico —progreso constante a nivel de las vías, degradación constante a nivel de las casas—, con dos métodos de trabajo —método deductivo para el tratamiento de los efectos de la técnica, método analítico para el de los efectos de la especulación— y con dos propuestas urbanísticas: la red viaria ortogonal con chaflanes en los cruces y la manzana abierta que permite el retorno a la idea de la casa rodeada de naturaleza.

En la legitimación de la práctica urbanística por razones de coherencia histórica y en su promoción al rango de actividad científica, Cerdà se alinea en la amplia corriente del urbanismo racionalista y su pensamiento anuncia, a veces en el mismo detalle de las metáforas, a autores como Ebenezer Howard (1898) y Le Corbusier (1925). Pero si la exigencia de una planificación de los asentamientos humanos consistente con las características de la sociedad industrial moderna lo acerca a lo que ha sido el pensamiento central de una tradición intelectual que cuenta con un siglo y medio de existencia, Cerdà supera a los movimientos regeneradores de la arquitectura desarrollados durante el primer tercio del siglo xx —entre el positivismo y el neorromanticismo— y a los socialistas utópicos de la primera mitad del siglo xix —herederos de la ilustración— por su armonía entre los principios ilustrados y el historicismo romántico en lo que no dudamos en calificar como una de las grandes síntesis del positivismo y que se caracteriza por fundamentar aquella doctrina en los «hechos» revelados por una profunda investigación histórico-geográfica.

En efecto, a diferencia de los primeros socialistas —el falansteriano Considérant, por ejemplo (véase en Choay, 1965, pp. 106-119)—, a quienes basta una comprobación apresurada de la obsolescencia de la ciudad tradicional y una proclamación enfática sobre el caos social que expresa para pasar inmediatamente a elaborar *ex nihilo* sus nuevos modelos de asentamiento humano, Cerdà afirma que las ciudades «son como esos monumentos históricos en que cada generación, cada siglo, cada civilización ha ido poniendo al pasar una nueva piedra, piedra que no ha sido puesta al capricho, sino con intención deliberada, puesto que en cada una de esas heterogéneas sobreposiciones vienen representadas y como grafiadas las necesidades, las inclinaciones, las tendencias de cada generación, de cada siglo, de cada civilización, así como los medios empleados para dejarlas satisfechas. Son como las capas de las formaciones geológicas, cada una de las cuales representa exactamente a los ojos del sabio el verdadero estado de la naturaleza en la época de su formación» (Cerdà, 1867, I, pp. 13-14).

Avalada por el estudio monográfico de Barcelona que la acompaña, esa proposición de un programa de investigación científica de la realidad urbana, basado en el axioma de la racionalidad última de toda acción humana, como de todo hecho natural, bastaría para situar a Cerdà entre los clásicos de la geografía moderna. Desde el punto de vista del desarrollo de la temática geográfica tiene, además, un especial valor por representar un momento del desarrollo cultural europeo —el positivismo predarwiniano— que no tuvo en Alemania intérpretes comparables a lo que fueron Ritter para el romanticismo y Ratzel para el positivismo darwiniano.

A partir de la analogía geológica, cuyo vigor es comparable al de las analogías naturalistas de Taine (1865), Cerdà concibe el paisaje urbano —el *continente*, según su terminología— como un palimpsesto, definiendo así unas perspectivas de

estudio que, a partir de Ratzel y sobre todo en manos de autores como Schlüter y Sauer, se ha convertido en el nervio de la geografía cultural y de toda la geografía histórica moderna (Sauer, 1941). La consideración del paisaje humanizado como un documento histórico con sentido inequívoco le permite construir una historiografía propiamente arqueológica, cuyo primer fruto son las grandes periodizaciones extraídas por inferencia y según una determinada concepción de la naturaleza humana. Por mucho que sorprendieran a un Puig i Cadafalch (1927), las rúbricas históricas creadas por Cerdà para la historia de la habitación humana y de la técnica del transporte siguen el mismo procedimiento que, en la misma época, estaba siguiendo la escuela arqueológica danesa al crear las hoy indiscutibles tres edades de la prehistoria (véase en Daniel, 1967, pp. 90-108) y son el más exacto paralelo de lo que estaba realizando por los mismos años Fustel de Coulanges para la civilización clásica y a partir de la técnica filológica (1864).

Siendo el término *urbe* —con sus derivados— un neologismo empleado por Cerdà para rehuir las dificultades derivadas de la palabra ciudad, que implica una cierta categoría, la ciencia cerdaniense no sólo supera los insalvables escollos para llegar a una definición precisa del objeto de la geografía urbana —obstáculos contra los que lucha denodadamente pero sin grandes resultados un Pierre George (1969)— sino que adquiere un alcance más general sin perder por ello rigor. En efecto, a partir de la definición inicial de lo urbano como la combinación de la necesidad de albergue y del instinto social, Cerdà establece un programa que coincide, incluso en más de un detalle, con el de la primera de las tres partes que comprende la geografía humana según Jean Brunhes: los hechos de la ocupación improductiva del suelo (Brunhes, 1910).

Más allá de esta identidad de planteamientos con el gran clásico de la geografía francesa, la idea de una ciencia del hombre en tanto que habitante viene a coincidir también con el núcleo de la definición de la geografía desarrollada a partir de Demangeon (véase en Le Lannou, 1949). A Cerdà le separa, en cambio, de la geografía humana clásica francesa la voluntad pragmática que se expresa tan brillantemente en la transparente relación que existe entre el plan de ensanche para Barcelona y los textos de la *Teoría general de la urbanización*. Y este espíritu positivista, que se complace en la cuantificación, tan diverso del afán más puramente académico de los neorrománticos y tan próximo a desarrollos más recientes de nuestra disciplina, confiere, sin duda, a Cerdà otro interés que es fácil comprender si se examina el lugar que los primitivos del urbanismo —Owen, Ledoux, Fourier, Ruskin, Morris, Howard, etc.— ocupan en la monografía de Claval sobre la evolución de la geografía humana (Claval, 1964).

Cerdà y la historia de la geografía catalana

A pesar de los múltiples atractivos geográficos de la obra de Cerdà, que los estudiantes de geografía han sabido captar perfectamente a lo largo de los años 70, promoviendo incluso actos en homenaje al urbanista catalán que contaron con la intervención del entonces rector de la Universidad de Barcelona, Fabián Estapé, lo cierto es que ni las últimas revisiones de la historia de la geografía catalana, estrictamente contemporáneas del resurgimiento del interés colectivo por nuestro autor (Casassas, 1974 y 1977 a; Carreras, 1979), han sabido incorporarlo a la lista, no demasiado nutrida ni muy brillante, de los pioneros de la geografía en nuestro país. El hecho, anécdotas al margen, es representativo de la debilidad

de las interpretaciones vigentes de la historia de la geografía catalana y expresa a la perfección la escasa virtualidad de la tradición local en el progreso actual de la disciplina.

En efecto, en la medida en que toda reconstrucción histórica de una tradición intelectual es una operación —perfectamente honorable— encaminada a la legitimación de unas prácticas determinadas, la historia de una disciplina expresa el sistema de valores de quienes la van estableciendo. Si en la práctica científica se producen cambios metodológicos es lógico, y deseable, que se produzcan revisiones de la propia tradición a la búsqueda de refuerzos para la innovación, pues en caso contrario se crea una pérdida de estabilidad y de densidad en el comportamiento de la comunidad de científicos. Pues bien: en la actualidad, la historia de la geografía catalana permanece, en lo esencial, atada a esquemas de interpretación que hunden sus raíces en las opciones metodológicas características del primer tercio del siglo xx.

La confluencia de los esfuerzos para organizar la geografía en relación con el movimiento de renovación pedagógica y de la recepción del historicismo francés de la escuela de Vidal de La Blache, cuyo mensaje resulta tan adecuado a la misión que el nacionalismo catalán otorgaba a la geografía, configura los años 20 y 30 como una época brillante en la evolución de la geografía catalana. La pervivencia de la peculiar actitud intelectual introducida a principios de siglo por el movimiento noucentista, que impulsó la modernización y la consolidación institucional de nuestra disciplina como la de otras ramas de la cultura científica, es función sobre todo de las dificultades sufridas posteriormente por el país, que se han expresado con toda crudeza en el campo de la geografía. Los agresivamente «modernos» intelectuales y políticos noucentistas, que, de hecho, aprovecharon para su magna tarea de organización cultural una buena parte de los trabajos desarrollados en Cataluña durante la segunda mitad del siglo xix, fueron, sin embargo, unos fervientes partidarios *avant la lettre* de la teoría bachelardiana de la *coupure épistémologique* que arrojaron al limbo de la precencia la cultura decimonónica —muy especialmente la contribución del positivismo a las ciencias sociales— y crearon la impresión de que la verdadera cultura científica empezaba en Cataluña con el Novecientos, a partir de la importación de modelos europeos y en ruptura con la tradición local.

La persistencia de los criterios noucentistas durante la larga postguerra de 1939, que bloquean una apreciación verdaderamente comprensiva de la cultura geográfica anterior a los años 20, se manifiesta por doquier, de tal manera que, a pesar de la escasez de trabajos específicos sobre el pasado disciplinar, no resulta difícil descubrir sus huellas en los escritos de la mayoría de los geógrafos catalanes.

Las mayores oportunidades para explayar esa actitud se presentan en el tratamiento de la figura señera de Pau Vila, reconocido unánimemente como el creador de la geografía moderna en Cataluña. Una frecuente operación, destinada a magnificar al gran clásico de nuestra geografía regional e innecesaria por la propia magnitud y oportunidad de su contribución, consiste en presentar su figura destacada contra el oscuro fondo de un supuesto desierto cultural donde la geografía está literalmente ausente. Y cuando, por ejemplo, resulta imposible silenciar las aportaciones del excursionismo surgido en pleno siglo xix, se llega a alterar la secuencia cronológica de las manifestaciones de la cultura geográfica para situar a Pau Vila en la base de todas ellas: «A Catalunya, sota el mestratge de Pau Vila, format a l'escola francesa, i a qui molts dels geògrafs actuals deuen la voca-

ció, el moviment progressa aviat; i, com tants d'altres aspectes culturals de la nostra Renaixença, a través de l'excursionisme pren una ràpida volada (...) I aviat des de les guies excursionistes i dels butlletins dels centres locals comencen les descripcions de les comarques catalanes. Alguns anys més tard, aquest sentiment comarcalista serveix de base a un projecte de divisió territorial» (Solé Sabarís, 1958, I, p. 12).

Después de una serie de prospecciones en la cultura científica del siglo XIX, entre las que destaca la de Enric Lluch (1961), hoy tienden a sostenerse opiniones menos parciales. Así, Casassas rectifica al propio maestro acerca del carácter pionero de su empresa: «... malgrat aquesta afirmació de Pau Vila, sembla que hom pot assegurar que, tot i que és innegable el pes dels models dels nous corrents geogràfics, la primerenca introducció i ràpida acceptació, a Catalunya, de tot el que representaven les monografies comarcals fou afavorida pels precedents que existien» (Casassas, 1977 a, p. 116).

Pero esta evolución de las opiniones, no compartida probablemente por todos los geógrafos activos hoy en Cataluña, no ha llevado, en general, a una comprensión más profunda de los trabajos geográficos anteriores a Vila, que son considerados a lo sumo como «precedentes» siempre inmaduros, incluso cuando se trata de obras de la envergadura de la *Geografía general de Catalunya* dirigida por Carreras i Candi (1908), que no puede ser tachada de anacrónica de acuerdo con los estándares internacionales del momento. Solé Sabarís la juzga «aleshores meritíssima», pero no duda en reducir su concepción y su contribución al conocimiento geográfico de Cataluña a «una relació alfabètica de noms de pobles distribuïts dintre dels quadres administratius» (Solé Sabarís, 1958, I, p. 12). Casassas (1974, p. 118) la ve todavía —y su opinión se prolonga en el esquema histórico de Carles Carreras (1979)— como el trabajo que preside una etapa en la que «la geografia comença a ser cultivada d'una manera més científica, encara que de moment ho sigui d'una manera assintètica, com a simple aplegall de tots els coneixements existents i dispersos». Queda así caracterizada como una obra de transición hacia una científicidad cuyo criterio viene dado por la geografía sintética de raíz vidaliana. No se ha incorporado todavía el juicio, mucho más comprensivo, de Lluch, quien destacaba la voluntad explicativa manifestada por Lluís Marià Vidal en el primero de los capítulos de la obra (Lluch, 1961, pp. 993-994). En la misma línea de la observación de Lluch cabría señalar en la obra toda una serie de afirmaciones análogas a las de Vidal por parte de otros colaboradores, como Sanpere i Miquel; la contribución de Rahola al tema, central para la geografía, de la influencia del medio físico sobre las actividades humanas, aspecto al que nos hemos referido en otro lugar (Grau, 1979 c); la aportación del propio Carreras i Candi a la geografía histórica de Barcelona, todavía insuperada desde el punto de vista de la técnica historiográfica; y, sobre todo, la presencia del evolucionismo como substrato teórico cohesionador de la empresa, sin cuya referencia es, desde luego, difícil hacerle justicia.

La ausencia de preocupación por establecer el contexto filosófico y metodológico se aprecia no sólo a propósito de la obra de Carreras i Candi sino también en relación con las otras manifestaciones históricas de la cultura geográfica, lo cual impide entender en profundidad el sentido de toda la producción del pasado que no se ajuste a la visión del mundo compartida por los geógrafos neorrománticos del siglo XX y deja reducido su valor al de las informaciones locales y observaciones de detalle que puedan contener; y esto en la medida en que la forma de presentación no resulte dificultosa, como ocurre con la formulación estadística

de la monografía sobre Barcelona elaborada por Ildefonso Cerdà. La seguridad acerca de la validez definitiva de los propios métodos y actitudes determina, en primer lugar, el finalismo que es perceptible, por ejemplo, en numerosos escritos de Solé Sabarís y en los de Casassas, con su periodización de la escuela catalana de geografía en tres fases —«període asintètic», «influència dels corrents possibilistes francesos» y «plenitud doctrinal i metodològica» (Casassas, 1977 a, p. 98)— y su asimilación de la historia de la disciplina en nuestro país a la de tres tradiciones que confluyen en Pau Vila: «l'excursionisme científic», «l'escola i l'esforç de divulgació» y «els problemes de l'ordenament del territori» (Casassas, 1977 b, páginas 19-20).

Con esa visión de la evolución histórica como orientada hacia un fin claramente discernible conectan la consideración del desarrollo de la ciencia como un proceso de acumulación simple de verdades absolutas y la creencia en la posibilidad de aislar las observaciones «correctas» de los «errores» conceptuales en que incurren indefectiblemente los investigadores de siglos pasados y que no tienen nada que ver con la ciencia. Ese tipo de selección retrospectiva de materiales, que ha sido característica de una fase de la historiografía de la ciencia ya superada tras la difusión de la teoría de los paradigmas (Kuhn, 1962), alcanza una tonalidad especial en geografía por el énfasis en lo concreto que es típico del historicismo. La identificación virtual del corazón de la disciplina con su vertiente regional deriva, en las prospecciones históricas, hacia una subvaloración sistemática de las aportaciones al campo de la geografía general. Tan sintomático es, a este respecto, el olvido de la contribución de Cerdà como el escaso relieve que se da a la ambiciosa producción de Huguet del Villar, sin duda uno de los autores locales más originales y más valiosos desde una perspectiva internacional. La desatención generalizada a todo lo que gire en torno a la elaboración de teorías, que es lo que constituye el nervio de la geografía general, implica, automáticamente, una incompreensión de la aportación del positivismo, que dedicó a ello sus mejores esfuerzos.

Además, la solución dada por los neorrománticos al problema del conocimiento en el momento de la crisis del positivismo, solución consistente en la aceptación del principio metodológico determinista en el caso de los fenómenos naturales y su negación en todo lo relativo al hombre, provoca una restricción de la genealogía científica de la geografía catalana moderna al campo de las ciencias naturales, con olvido de las diversas aportaciones a la ciencia social igualmente relevantes para el ejercicio de la geografía. Esta actitud, detectable en Pau Vila (1922, pp. 86-87) y mantenida por Solé Sabarís en plena coherencia con su dedicación a la geología y a la geografía física, se prolonga en la obra de Casassas (1974, 1977 a y b), un autor vertido en cambio de manera preferente a los estudios de geografía humana.

Por una renovación de la historia de la geografía catalana

En la geografía internacional, los tres últimos decenios se han caracterizado por la rápida sucesión de propuestas metodológicas contrapuestas que, no pudiendo estabilizarse en etapas de práctica normalizada, han conducido a la situación actual de coexistencia conflictiva de múltiples tendencias divergentes (Johnston, 1978). Esta evolución no ha dejado de reflejarse en una dedicación intensa a rehacer la historia de la disciplina, cada grupo a la búsqueda de su propia legitimidad,

lo cual ha suscitado, como es lógico, la floración de versiones muy diferentes, desde las de los corifeos del neopositivismo en expansión (Schaefer, 1953) hasta la crítica sociológica de los radicales (Capel, 1977), pasando por las defensas tardías de la ortodoxia historicista de la preguerra (Meynier, 1969) y por las más diversas formas de eclecticismo (Wrigley, 1965; Claval, 1977).

Aunque la extrema diversidad de los planteamientos pueda originar actitudes escépticas acerca de la posibilidad de llegar a un conocimiento objetivo, tal pluralidad puede ser considerada también, a la luz de la experiencia general de la historiografía, como una condición necesaria para el surgimiento de una visión histórica menos unilateral y más comprensiva que las derivadas de una situación de monopolio del pasado disciplinar por parte de una sola opción metodológica. La posibilidad de producir y difundir visiones alternativas otorga a la historia de la ciencia una función más estimulante que la de reafirmar una ortodoxia cualquiera y que consiste en favorecer la asimilación de la pluralidad inherente al proceso cultural. La confrontación del geógrafo encuadrado en una determinada escuela con proposiciones diversas que se han podido formular en algún momento del desarrollo de la cultura científica, examinadas de manera comprensiva y no simplemente caricaturizadas, determina una adhesión más matizada a las propias convicciones y una mayor apertura a los planteamientos ajenos.

La diversidad metodológica perceptible a escala internacional se da también a escala local catalana, con las restricciones lógicas que imponen la dimensión modesta y los contornos indefinidos de la comunidad científica y sus dificultades institucionales crónicas. El esfuerzo desarrollado en seguir el movimiento internacional de renovación metodológica y técnica no ha tenido, hasta ahora, un reflejo adecuado en la revisión de los esquemas de interpretación histórica de la disciplina y en la revalorización de las contribuciones de la tradición local de acuerdo con las nuevas directrices científicas, como ya hemos mostrado.

El esfuerzo reciente desarrollado por Carreras (1979) para introducir una visión alternativa de la historia de la geografía catalana se ha concentrado en dos puntos: intentar colocar las manifestaciones de la cultura geográfica local más citadas dentro de una periodización homologable con los esquemas manejados internacionalmente —etapa precientífica, ambientalismo, posibilismo y época contemporánea— e incluir información sobre la evolución de los últimos lustros, con referencias al cuantitativismo y a la geografía radical. Pero la inspiración del esquema histórico en el de Claval (1964) y el mantenimiento de los juicios sobre la producción local formulados antes del inicio del movimiento de renovación metodológica que ha dado lugar al actual pluralismo de opciones no sólo dejan incompleta la revisión de la geografía catalana sino que llevan, en buena lógica, a la conclusión de que una reinterpretación de esa tradición es del todo irrelevante dado el nuevo rumbo de la disciplina.

En efecto, la impresión dominante es que, de hecho, toda la tradición geográfica catalana se sitúa en la línea del historicismo y que, por tanto, la renovación metodológica no puede tener otras fuentes significativas que la literatura científica producida fuera de nuestro país. La realidad de este divorcio creciente entre la cultura local y la nueva ciencia espacial, capaz de provocar en la práctica de la geografía una fuerte discontinuidad a nuestro parecer indeseable, ha sido, desde luego, una idea ampliamente difundida y fomentada por la misma agresividad de los escritos clásicos de la «nueva geografía» anglosajona, con su inmenso aparato bibliográfico, compuesto por títulos casi siempre desconocidos en nuestras latitudes, y por los meritorios esfuerzos locales por incorporarse a esa corriente, que

llevaron a un ritmo de producción de traducciones y de artículos dedicados a divulgar aquellas ideas mucho más intenso que el desplegado, por ejemplo, en relación con la instauración del neorromanticismo.

Esa impresión de ruptura irreversible con la tradición, que fue muy vívida sobre todo hasta 1975 y que la misma descomposición de la «nueva geografía» europea y americana se ha encargado luego de mitigar, animó en Cataluña la polémica en torno a los cambios metodológicos y produjo, entre otros frutos, las incursiones de amplio vuelo de maestros como Vilà Valentí (1971 y 1973) y Solé Sabarís (1975) en la historia internacional de la geografía. Si bien el tratamiento del problema metodológico sin referencias a la tradición catalana parece confirmar, de modo indirecto, la irrelevancia de esta última en la nueva etapa histórica abierta por la irrupción del neopositivismo, la actitud transaccional y ponderada de esa línea de reflexión abre nuevas perspectivas para la reconsideración histórica de la geografía catalana a través del afloramiento de una serie de ideas prácticamente inéditas en nuestra cultura, como son la afinidad entre geografía regional y métodos tradicionales por una parte y entre geografía general y nueva geografía por la otra, la probable complementariedad de los enfoques enfrentados, la posibilidad de llegar a una síntesis superior o, incluso, la viabilidad del sostenimiento de una pluralidad metodológica en geografía (Vilà Valentí, 1973, páginas 44-47).

El reconocimiento del papel históricamente positivo de una y otra corriente retorna a la introspección histórica su papel clave para asegurar un progreso equilibrado de la disciplina, ahora con un sentido más abierto que el que tuvo para los posibilistas de 1920 o para los cuantitativistas de 1960, y exige, a nuestro juicio, proyectar ese ponderado criterio sobre la cultura catalana de los últimos siglos para alcanzar una imagen más plena y enriquecedora del desarrollo de la temática geográfica. Una imagen donde tenga su lugar, por ejemplo, Ildefonso Cerdà.

Bibliografía

- ARRANZ, MANUEL, y GRAU, RAMÓN (1970): Problemas de inmigración y asimilación en la Barcelona del siglo XVIII, *Revista de Geografía* (Barcelona), IV, 1, pp. 71-80.
- BOHIGAS, ORIOL (1963): *Barcelona, entre el Pla Cerdà i el barraquisme*, Edicions 62, Barcelona.
- BRUNHES, JEAN (1910): *La géographie humaine: Essai de classification positive*, Alcan, París.
- CAPEL, HORACIO (1977): Institucionalización de la geografía y estrategias de la comunidad científica de los geógrafos, *Geo-Crítica*, 8-9.
- CARRERA PUJAL, JAIME (1961): *La economía de Cataluña en el siglo XIX*, Bosch, Barcelona (4 volúmenes).
- CARRERAS Y CANDI, FRANCESC (a partir de 1908): *Geografía general de Catalunya*, Alberto Martín, Barcelona (6 volúmenes).
- CARRERAS I VERDAGUER, CARLES (1979): Geografía, en ARTAL, FRANCESC, y otros, *Ictineu. Diccionari de les ciències de la societat als països catalans (segles XVIII-XX)*, Edicions 62, Barcelona.
- CASASSAS, LLUÍS (1974): Notes per a l'estudi del pensament geogràfic a Catalunya, en *Homenaje a María de los Angeles Ferrer Sensat*, I.N.E.M. Infanta Isabel de Aragón, Barcelona, pp. 117-124.
- CASASSAS, LLUÍS (1977 a): *Barcelona i l'espai català*, Curial, Barcelona.
- CASASSAS, LLUÍS (1977 b): Pau Vila en l'evolució de la geografía catalana, en VILA, PAU, *La divisió territorial de Catalunya*, Curial, Barcelona.

- CERDÀ, ILDEFONSO (1860): *Reforma y ensanche de Barcelona. Plan económico*, Narciso Ramírez, Barcelona.
- CERDÀ, ILDEFONSO (1863 a): *Necesidades de la circulación y de los vecinos de las calles con respecto a la vía pública urbana, y manera de satisfacerlas* (folleto sin pie de imprenta; se conserva un ejemplar en la Biblioteca Universitaria de Barcelona).
- CERDÀ, ILDEFONSO (1863 b): *Teoría del enlace del movimiento de las vías marítimas y terrestres, con aplicación al puerto de Barcelona* (inédito, en el legajo 15.374 del Archivo del Ministerio de Obras Públicas, Madrid).
- CERDÀ, ILDEFONSO (1867): *Teoría general de la urbanización y aplicación de sus principios y doctrinas a la reforma y ensanche de Barcelona*, Imprenta Española, Madrid.
- CLAVAL, PAUL (1964): *Essai sur l'évolution de la géographie humaine, Cahiers de géographie de Besançon* (versión castellana: Oikos-Tau, Vilassar/Barcelona, 1974).
- CLAVAL, PAUL (1977): *La nouvelle géographie*, P.U.F., París.
- CHOAY, FRANÇOISE (1965): *L'urbanisme. Utopies et réalités. Une anthologie*, Éditions du Seuil, París.
- CHOAY, FRANÇOISE (1970): L'histoire et la méthode en urbanisme, *Annales. E.S.C.*, 25.^a année, número 4, pp. 1.143-1.154.
- DANIEL, GLYN (1967): *The Origins and Growth of Archaeology*, Penguin, Harmondsworth (Middlesex).
- ESTAPÉ, FABIÁN (1971): *Vida y obra de Ildefonso Cerdà*, Instituto de Estudios Fiscales, Madrid.
- FUSTEL DE COULANGES, NUMA-DENIS (1864): *La Cité antique*, Hachette, París.
- GEORGE, PIERRE (1969): *Précis de géographie urbaine*, P.U.F., París (3.^a edición).
- GRAU, RAMÓN (1970): Las transformaciones urbanas de Barcelona en los orígenes de la era industrial (último tercio del siglo XVIII), *Estudios geográficos*, XXXI, 118, pp. 149-159.
- GRAU, RAMÓN (1973): La manufactura algodonera y la ciudad, *CAU*, 19, pp. 76-79.
- GRAU, RAMÓN (1974): La Barcelona industrial en la obra de Cerdà, *Cuadernos de arquitectura y urbanismo* (Barcelona), 100, pp. 29-31.
- GRAU, RAMÓN (1979 a): La metamorfosi de la ciutat emmurallada: Barcelona, de Felip V a Ildefons Cerdà, *Cuadernos de historia económica de Cataluña*, XX, pp. 49-58.
- GRAU, RAMÓN (1979 b): Cambio y continuidad en los orígenes de la Barcelona moderna (1714-1860), *Revista de la Universidad Complutense*, XXVIII, 115, pp. 569-587.
- GRAU, RAMÓN (1979 c): Les causes geogràfiques de la industrialització catalana. Notes a l'entorn d'una vella polèmica, *Aportacions en homenatge al geògraf Salvador Llobet*, Departament de Geografia de la Universitat de Barcelona, Barcelona, pp. 103-111.
- GRAU, RAMÓN, y LÓPEZ, MARINA (1974): Empresari i capitalista a la manufactura catalana del segle XVIII. Introducció a l'estudi de les fàbriques d'indianes, *Recerques*, 4, pp. 19-57.
- GRAU, RAMÓN, y LÓPEZ, MARINA (1979): a) Capmany, b) Historiografía, c) Il·lustració, d) Monlau, e) Pi i Arimón y f) Positivisme, en ARTAL, FRANCESC, y otros, *Ictineu. Diccionari de les ciències de la societat als països catalans (segles XVIII-XX)*, Edicions 62, Barcelona.
- GUIZOT, FRANÇOIS (1828): *Histoire de la civilisation en Europe*, París (versión castellana: Alianza Editorial, Madrid, 1966).
- HOWARD, EBENEZER (1898): *Tomorrow: A Peaceful Path to Social Reform*, Londres.
- JOHNSTON, R. J. (1978): «Paradigms and revolutions or evolution? Observations on Human Geography since the Second World War», *Progress in Human Geography*, 2,2, págs. 189-206.
- KUHN, THOMAS S. (1962): *The Structure of Scientific Revolutions*, University of Chicago Press, Chicago.
- LE CORBUSIER (1925): *Urbanisme*, Crès, París.
- LE LANNOU, MAURICE (1949): *La géographie humaine*, Flammarion, París.
- LÓPEZ, MARINA, y GRAU, RAMÓN (1971): Barcelona entre el urbanismo barroco y la revolución industrial, *Cuadernos de arquitectura y urbanismo* (Barcelona), 80, pp. 28-40.
- LIUCH, ENRIC (1961): *Ciència geogràfica*, en SOLDEVILA, FERRAN, *Un segle de vida catalana*, Alcides, Barcelona, pp. 328-330, 666-669, 989-994 y 1.493-1.500.
- MEYNIER, ANDRÉ (1969): *Histoire de la pensée géographique en France (1872-1969)*, P.U.F., París.

- PUIG I CADAVALCH, JOSEP (1927): *La Plaça de Catalunya*, Catalònia, Barcelona (2 volúmenes).
- SAUER, CARL O. (1941): Foreword to Historical Geography, *Annals of the Association of American Geographers*, 31, pp. 1-24.
- SCHAEFER, FRED K. (1953): Exceptionalism in Geography: A Methodological Examination, *Annals of the Association of American Geographers*, 43,3, pp. 226-249.
- SOLÉ SABARÍS, LLUÍ (1958): *Geografia de Catalunya: I, Geografia general*, Aedos, Barcelona.
- SOLÉ SABARÍS, LLUÍS (1975): Sobre el concepte de regió geogràfica i la seva evolució, *Miscel·lània Pau Vila*, Societat Catalana de Geografia, Barcelona.
- SORIA Y PUIG, ARTURO (1979): *Hacia una teoría general de la urbanización. Introducción a la obra teórica de Ildefonso Cerdá (1815-1876)*, Turner, Madrid.
- TAINÉ, HIPPOLYTE (1865): *Philosophie de l'Art*, París (versión castellana: Iberia, Barcelona, 1960).
- VILA, PAU (1922): Raoul Blanchard, *La Publicitat* (23-V-1922). Reedición en *La geografia i els seus homes*, Curial, Barcelona, 1978.
- VILÀ VALENTÍ, J. (1971 y 1973): ¿Una nueva Geografía?, *Revista de Geografia* (Barcelona), V, 1-2, pp. 5-38, y VII, 1-2, pp. 5-57.
- WRIGLEY, E. A. (1965): Changes in the Philosophy of Geography, en CHORLEY, RICHARD J., y HAGGETT, PETER, *Frontiers in Geographical Teaching*, Methuen, Londres, pp. 3-20.

Resumé: Ildefonso Cerdà et la Géographie catalane

La Géographie catalane actuelle présente un décalage entre la diversité des pratiques favorisée par l'impact du néo-positivisme et des courants radicaux et la persistance des critères néo-romantiques en la reconstruction de la tradition géographique locale, ce qui se résout dans une subvaloración des apports du positivisme du XIX^{ème} siècle. Aux yeux des futurs géographes, chaque jour un peu plus éloignés de l'esprit «vidalien», la partialité de la vision historique qui en résulte menace de convertir cette tradition culturelle en quelque chose de vraiment peu intéressant.

Au point de vue des derniers développements de notre discipline, une des plus importantes apportations catalanes est, sans aucune doute, le travail d'Ildefonso Cerdà (1815-1876), auteur d'un programme de science sociale ambitieux, centré sur la résolution de la croissante contradiction existante entre une société dynamique, née de la révolution industrielle, et l'espace inflexible légué par les civilisations pré-industrielles. Synthèse d'une trajectoire qui part d'une vision purement technocrate pour atteindre une vaste assimilation de l'idéal positiviste d'une science sociale, la «Théorie générale de l'Urbanisation» (1867) nous offre: une définition de la science concernant l'urbanisation qui est l'équivalent à la définition classique de la Géographie humaine en tant que science de l'homme-habitant; une théorie historique de l'espace déduite du paysage humanisé moyennant l'acceptation du principe de la technique «stratigraphique» élaborée par les géologues; une application à l'analyse locale des techniques cartographiques et statistiques conformes aux meilleurs travaux internationaux réalisés jusqu'alors; enfin une solution audacieuse face au problème des relations entre études de cas, édification des théories et applications des conclusions de la science visant l'organisation de la société.

Abstract: Ildefonso Cerdà and the Catalan Geography

In the Catalan geography of today there is a perceptible disalignment between the diversity of practice favoured by the impact of neo-positivism and radical currents and the persistent predominance of the neo-romantic criteria in the reconstruction of the local geographic tradition, which results in a subestimation of the contributions of the positivism of the XIX century. The partiality of the resulting historical vision threatens with the conversion of that cultural tradition to irrelevance in the eyes of the new generations of geographers, moving away from the «vidalian» spirit more and more.

From the point of view of the latest developments in our discipline, it is possible to emphasize, among the catalan contributions the work of Ildefonso Cerdà (1815-1876), the author of an ambitious programme of social science centred on the solving of the growing contradictions between the ever increasing dynamism of the society born of the industrial revolution and the inflexible space left by the pre-industrial civilisations. A synthesis of a personal development from a purely technocratic view to a wide assimilation of the positivistic idea of a social science, the «General Theory of Urbanization» (1867) offers: a definition of the science of urbanization which is equivalent to the classical definition of human geography as a science of inhabiting-man; a historical theory of space deduced from the same humanised scenery through the adoption of the principle of stratigraphic technique produced by the geologists; an application to the local analysis of cartographic techniques and statistics along the lines of the best international works of the moment; and a very audacious solution to the great problem of the relation between the study of cases, the edification of theories and the application of the conclusions of the science to the organization of society.